
El Mediterráneo: mecánica y símbolos

Alfonso Lucini

Tiene el mar su mecánica como el amor sus símbolos.

PERE GIMFERRER

La actualidad geopolítica del Mediterráneo oculta su geopoética.

HENRI MESCHONNIC

Siempre atenta a los temas de nuestro tiempo, *Revista de Occidente* no podía por menos que dirigir la mirada al Mediterráneo, escenario de tensiones y conflictos muy concretos en su efervescente contemporaneidad, pero también fábrica perenne de civilización a la que los ciudadanos de este pequeño mundo globalizado debemos, aunque cada día que pasa tendamos más alegremente a ignorarlo, la práctica totalidad de nuestra personalidad histórica y cultural.

El Mediterráneo ha sido siempre un mar convulso, una región agitada por todo tipo de contradicciones. Ello no quita que, junto a periodos en que predominaba la tendencia, continuamente activa en el fondo, a la disgregación y al enfrentamiento, haya conocido otros más proclives, al menos en superficie, a la conciliación y la calma.

Hoy conviven en el Mediterráneo ambas tendencias. En el territorio mitad real, mitad ideal, de la política y la diplomacia, integración es la consigna. Nunca como tras la Conferencia Euro-mediterránea de Barcelona –que en 1995 puso en marcha el proceso que lleva el nombre de esa ciudad española, reconvertido en 2008 en la Unión por el Mediterráneo (UpM)– ha estado tan omnipresente el discurso sobre la inevitable interdependencia, para lo bueno y para lo malo, entre las dos orillas. Nunca como en estos últimos veinticinco años se han movilizado tantos medios para intentar hacer del espacio que desde entonces se denomina euromediterráneo un ámbito de diálogo, intercambio y cooperación que garantice la paz, la estabilidad y la prosperidad compartidas.

No obstante, en la esfera real de los hechos descarnados la integración sigue siendo un sueño lejano. Por un lado, persisten en la zona dos conflictos bélicos –la guerra libia, la (pos)guerra siria– con causas y características muy distintas entre ellos, pero que tienen en común la ferocidad con que han convocado a los demonios del pasado, la violencia con que a través de ellos supura todo el pus antes contenido por los subsistemas regionales de la guerra fría global y, en último pero no menor lugar, el hecho de que se están produciendo en países que son parte del proceso iniciado con la conferencia arriba mencionada. A ellos hay que añadir el enquistado conflicto político, con sus periódicos repuntes de índole militar, que sigue enfrentando por la paz y la tierra a israelíes y palestinos, miembros ambos también de la UpM/Proceso de Barcelona.

Por otro lado, junto a esos conflictos, hoy por hoy localizados, se dan una serie de tensiones que operan igualmente como poderosos factores de desintegración y que pueden derivar, si no se les pone remedio –a tal fin debería la UpM regresar, como Ulises a Ítaca, al espíritu original del Proceso de Barcelona– en conflictos

mucho menos localizados y de consecuencias, por ello, mucho más imprevisibles.

Tensiones geopolíticas, propias de una fase de transición en que el Mediterráneo, como el resto del planeta, se debate entre un modelo que se acaba y otro que ya ha empezado a existir y cuyos contornos definitivos no terminamos aún de imaginar, pero en el que ya distinguimos nítidamente una Europa mayor y más compleja de gestionar que la de hace un cuarto de siglo, con una vecindad en la que la integración subregional Sur-Sur sigue brillando por su ausencia y en la que cierto repliegue estadounidense coincide con –cuando no propicia– la vuelta de Rusia, el desembarco de China y un nuevo activismo de países como los del Golfo y Turquía.

Tensiones político-religiosas, motivadas por el fracaso de las esperanzas de cambio que brotaron con las «primaveras árabes» y espoleadas por el crecimiento del Islam político tanto en la orilla meridional como en el seno de los países europeos.

Tensiones económicas, con un patrón de intercambios entre el Norte y el Sur que favorece claramente al primero y en el que el comercio Sur-Sur resulta proporcionalmente anecdótico.

Tensiones demográficas, con los países desgarrados por las guerras convertidos en exportadores netos de refugiados, y con unas sociedades crecientemente envejecidas en el Norte y mayoritariamente jóvenes y desocupadas al otro lado del mar, lo que acarrea, en un contexto exacerbado por las redes digitales, una presión migratoria que ha transformado el mapa y el discurso políticos en muchos países de Europa, donde el auge de los populismos xenófobos y de los nacionalismos están poniendo en riesgo el viejo proyecto unitario.

Tensiones en torno a la explotación y gestión de los recursos energéticos, cifra a su vez de otras tensiones más profundas, de carácter marcadamente geopolítico, pero que tan de cerca tocan a la vida cotidiana de cientos de millones de personas.

Tensiones ecológicas, en uno de los entornos más contaminados del planeta, lo que, unido a la sobreexplotación pesquera y a los estragos causados por el turismo de masas, permite albergar fundadas dudas sobre su sostenibilidad a medio plazo.

Conflictos y tensiones constituyen lo que, a los efectos de las páginas que siguen y con la venia de Pere Gimferrer, hemos querido llamar mecánica del Mediterráneo. De esta dimensión geopolítica se ocupan en sendas colaboraciones Haizam Amirah y Gonzalo Escribano. El primero pone el dedo en la llaga de las diversas convulsiones y fracturas que llevan años afectando a las orillas meridional y oriental del Mediterráneo y se pregunta si los políticos y la opinión pública en el Norte comprenden la magnitud de esos fenómenos y saben hasta qué punto el futuro de Europa es inseparable del de sus vecinos del Sur. Concluye subrayando la necesidad imperiosa de que los países árabes se doten de un nuevo contrato social y de que para ayudarlos en esa tarea Europa aplique de manera efectiva políticas orientadas al fortalecimiento institucional, la cooperación técnica y la ayuda al desarrollo.

Por su parte, Gonzalo Escribano presenta el nuevo contexto, global y regional, del Mediterráneo en lo que toca a la energía, caracterizado por la enorme complejidad del entramado de las interdependencias, y argumenta que, incluso en semejante contexto, la energía puede constituir una herramienta de cooperación y desarrollo sostenible. Para ello, afirma, es preciso un nuevo discurso energético euromediterráneo que sustituya el enfoque macrogeopolítico de las grandes estrategias y los grandes proyectos asociados a ellas por la perspectiva micro-geopolítica de la seguridad humana, fundada en cuatro pilares imprescindibles: sostenibilidad; energías renovables y lucha contra el cambio climático; justicia energética; y buen gobierno de los recursos energéticos.

Importantes como son los aspectos geopolíticos, nuestra mirada al Mediterráneo no ha de posarse sólo en ellos. Se dirige

también a esa otra característica suya, tan crucial, que destacábamos al principio de estas líneas, la de ser un espacio generador e irradiador de civilización, creador y a la vez transmisor –la transmisión puede ser también un arte creador– de cultura. «Máquina de hacer civilización» lo llamó Paul Valéry, quien también acuñó la denominación de origen «civilización mediterránea».

Entramos así de lleno en el terreno simbólico de la geopoética. Y dentro de él dejaremos la exhaustividad, como aconsejaba Tzvetan Todorov, a quienes se conforman con ella para centrarnos en tres recorridos muy específicos, aunque inagotables en su enorme capacidad de evocación. Uno, por el desarrollo de la música occidental desde su origen mediterráneo. Otro, por las literaturas de Italia –especialmente la siciliana y la triestina– y de Croacia en el siglo XX. Un tercero, en fin, por la metafísica mediterránea en pintura y otras artes plásticas. Nos guiarán, respectivamente, en estos viajes Jesús Ruiz Mantilla, Mercedes Monmany y Juan Manuel Bonet.

El artículo de Jesús Ruiz Mantilla afirma el carácter mediterráneo de toda una serie de fenómenos sin cuya adecuada valoración no cabe entender ni la historia ni la columna vertebral de lo que hoy entendemos por música: tras fijar su nacimiento en el ámbito mesopotámico-mediterráneo, estudia su consolidación como arte, ciencia y disciplina en la Grecia antigua, donde su estudio gozaba del mismo estatus que la aritmética, la geometría y la astronomía, analiza el papel desempeñado por la música sacra en la construcción de la visión judeo-cristiana del mundo, destaca la trascendencia que tuvo el invento de la notación y termina trazando la evolución de la música profana desde los juglares y los trovadores hasta la creación de la ópera en el siglo XVI y el esplendor de la música instrumental, con la consagración del violín como base sonora de las orquestas y la invención del piano en el siglo XVII.

En sus «apuntes literarios» sobre cómo ser mediterráneos Mercedes Monmany nos traslada desde Sicilia a Trieste, desde la obra de Giuseppe Tomasi di Lampedusa y de Gesualdo Bufalino a la de Claudio Magris y Umberto Saba, y en ese itinerario vemos establecerse una conexión sutil, melancólica y luminosa a la vez, entre mediterraneidad y humanismo. Antes de llegar a Trieste un ligero desvío nos acerca a Bosnia y a Croacia, a ese prodigio que es el *Breviario mediterráneo* de Predraj Matvejevic, cuya breve enumeración de las teselas que componen el mosaico del Mediterráneo, reproducida en el artículo, vale por todo un tratado sobre el particular. Y en Trieste, donde lo mediterráneo se funde con lo universal en el crisol de la Mittleuropa, nos aguarda la librería que fue de Umberto Saba y en la que la batalla de su actual guardián contra los turistas se nos antoja un símbolo de la lucha contra todos los males, incluido el turismo, que acechan en nuestros días al Mediterráneo.

Juan Manuel Bonet lleva su divagar geopoético por los caminos de la pintura y de la arquitectura –también de la literatura, pues muchos de los pintores que trata son a la vez magníficos escritores– y, más concretamente, por los de la pintura y la arquitectura metafísicas. El viaje empieza en la cuna italiana del movimiento, con el fundador De Chirico, y discurre, además de por Italia, por otros países mediterráneos, como España, Francia y Albania. Son abundantes las excursiones fuera del Mediterráneo (Alemania, Austria, Bélgica, Países Bajos, Irlanda, Bélgica, Uruguay, Georgia) y nutridísima la nómina de artistas, hasta el punto de que puede decirse que estamos ante un auténtico *Gotha* del arte metafísico. Más allá de su expansión ultramediterránea y de lo que tiene de vuelta al orden tras el aventurero frenesí de las vanguardias –Borges diría a «las secretas aventuras del orden»–, lo metafísico queda aquí codificado como un rasgo constitutivo y definitorio del espíritu mediterráneo en su recurrente modernidad.

La mer; la mer; toujours recommencée, escribió el ya citado Paul Valéry. *El mar; el mar; sin cesar comenzando*, en la primera versión española de *El cementerio marino*, bendecida por el propio Valéry, que hiciera Jorge Guillén para *Revista de Occidente*. Difícil resumir con menos palabras —seis en francés; siete, ¡ay!, en español— la esencia y la historia del Mediterráneo. Fundado, como Proteo, en el cambio continuo y, como el ave fénix, en la regeneración permanente, el Mediterráneo siempre será y no será lo que era. Por eso seguimos soñando que somos contemporáneos de Ulises. Por eso Ulises sabe que sigue siendo nuestro contemporáneo.

A. L.

